


JUANA DE LEÓN ESA SOY YO

Yannis Lobaina

A mi olvidada Baracoa

 HACE VEINTE AÑOS QUE NO SALGO DE CASA. Tengo miedo de ver la luz del sol, tengo miedo de que la gente me agrede, me señale con sus dedos sucios, diciendo: «Mira quién viene por ahí, la Juana de León», y sentir tras de mí el bullicio de sus risas y comentarios dañinos. Es por eso que cuando me casé con Miguel Chicoy no les avisé. ¿Para qué? ¿Para que volvieran a ponerme en boca de cada habitante de la ciudad de Asunción de Baracoa?

Hace mucho que mi nombre no es Juana de León, sino Juana la desgraciada. Tengo casi sesenta años y la gente de esta ciudad me odia. A veces tengo ganas de morir, no soporto más esta vida de mentiras, de hipocresías. Mis pocas amigas se han marchado a la capital y mi familia ha muerto. Estoy sola, sola en esta tierra. Nadie me entiende, nadie me perdona lo que hice. Aunque eso pasó hace mucho tiempo.

A veces tengo ganas de que la tierra se abra y me trague, de no recordar más aquel día en que me casé con Enrique y acepté vivir bajo su propio techo. Sí, yo lo sabía; sabía que era una mujer; él me lo había dicho. Pero yo lo quería, lo respetaba, era el único a quien importaba mi vida. Imagino la vergüenza que sentiría mi madre al escuchar que su hija se había casado con una mujer igualitica a ella. Dios mío, ella nunca me lo hubiese perdonado. Solo de pensarlo quiero morir. Todos dicen que estoy loca.

Chicoy me ha encerrado en lo alto de la ciudad, en un lugar llamado Paraíso; pero es como el infierno. Está alejado de todos, cerca del cementerio, apenas hay vecinos alrededor. Su tierra es roja como la sangre, su loma empinada como el dolor que aún llevo por dentro. Vivo con la gran espina de la culpa atravesada en mi garganta por no haber defendido a Enrique. La llevo como la cruz de Parra, pesada y dura en mis espaldas.

Pero hoy le pediré fervorosamente a San Juan que me perdone, deseo morir en una paz que nunca he tenido, con las voces de la ciudad insultándome, maldiciéndome, ocupando mi cabeza desde aquella mañana en que me juzgaron. El mayor escándalo de la Isla hasta el momento. La mirada de ella, juzgada, implorándome que dijera la verdad. ¿La verdad?... ¿Cuál es la verdad?

Nunca duermo. Siempre estoy enferma. Hay días en que la dulce voz de Enrique se me hace presente, y es tan fuerte y real que debo encerrarme en la habitación por miedo a que mi esposo la escuche también. Me meto bajo la cama y allí conversamos largas horas. Muchas veces me quedo dormida en el suelo, y entre el calor y los pensamientos de Enrique... me despierto empapada en sudor. Pueden pasar varios días y sigo oyendo esa voz susurrándome en los oídos. Su risa contagiosa la llevo conmigo en lo más hondo. A ratos me sorprende algún que otro recuerdo de nuestros días en la casa, solos ella y yo en la habitación, cuando me asistía para desenredar mi pelo largo, siempre enmarañado. Y a veces, al bañarme, puedo sentir las finas manos de Enrique, que solía ayudarme en mi enfermedad, cuando apenas me valía. Entonces, dulcemente, me restregaba la espalda con sus uñas delicadas y pasaba largo rato observando mi piel. Me decía que era bella, que mi piel brillaba como el azabache.

Creo que hoy será el día en que cuente a todos la verdadera historia de mi vida. En esta ciudad todos creen que estoy loca, y nadie me escucha, pero quiero que los jóvenes de este lugar maldito sepan la verdad sobre Juana de León. Algunos se dirán: y eso a qué viene ahora, si ya nada puede cambiar... contarla me ayudará a morir en paz.

De golpe recuerdo que soy igual que esta ciudad: desgraciada y maldita. «Es una lástima, con lo hermosa que es

Yannis Lobaina (Baracoa, 1979). Narradora y productora de cine. Graduada en el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Licenciada en Ciencias Farmacéuticas. Ha trabajado durante años como responsable de promoción de la Editorial Unión. Es miembro de la Asociación Hermanos Saíz (AHS); de la Asociación Cubana de Comunicadores Sociales (ACCS) y del Movimiento Nacional de Video de Cuba (MNVC). Ha publicado su colección de cuentos *Cities* en la revista *Paralelo Sur* (2010). Trabajos suyos pueden encontrarse en sitios como *CubaLiteraria*, *La Jiribilla*, *La letra del escriba*, el sitio web de la UNEAC y la revista digital *Esquife*.

la ciudad y con lo fértil de sus tierras, que esté rodeada de agua y tan alejada de la capital. Debemos irnos a una gran ciudad, Juanita», eso me solía decir Enrique. Debí haberle hecho caso, tanto como me lo repetía... Pero yo nunca lo quise escuchar. Quería permanecer en mi ciudad.

Jamás creí que el suyo fuera verdadero amor por mí. Ni imaginé que fuese capaz de dejarlo todo por comenzar una vida conmigo. Me pedía una y otra vez que nos fuéramos a La Habana, y decía: «Juanita, allá en la capital nadie sabrá nuestra historia. Podemos ser felices juntas». No quise escucharla.

Hoy he querido cocinar un plato que me hace evocar a Enrique. Esté donde esté, quiero que sepa que estoy muy arrepentida. Cocinaré pensando en ella: teti con arroz blanco. El olor de este pequeño pez me recuerda la primera vez que visitó mi choza y le preparé para almorzar un sabroso plato de teti con tomates maduros fresquitos, acabados de recoger de mi pequeño huerto. Enrique me traía especias, ajo y cebollas; y yo le añadí culantro, que él no sabía qué hierba era esa hasta que la probó aquí. Me dijo que ese olor ya no se le olvidaría nunca y me abrazó.

Era domingo. Mis dos hermanos, mi madrina y yo nos reuníamos para hacer entre todos una buena comida el fin de semana. Cuando llegó le dimos lo que teníamos. Salió satisfecho. Fue la primera vez que la vi, después de ese día comenzó a visitarnos con más frecuencia. Decía que quería ayudarme. Yo solía estar enferma, a veces convulsionaba de fiebre. Nos decía que vivíamos muy lejos del pueblo, que un día me iba a morir y no daría tiempo de nada. Me repetía una y otra vez que me casara con él, que me ayudaría, que me enseñaría a leer y a escribir, otros idiomas...

Llegué a creer que estaba delirando de tanta fiebre. No podía entenderlo; demasiada suerte para una pobre campe-

sina. Enrique me decía que, ante todo, debíamos ser amigos; que una relación debe ser primero de amistad, que nunca me tocaría si yo no estaba de acuerdo.

Una noche de agosto, poco después de nuestra boda, caí en cama con una crisis de fiebre y Enrique permaneció junto a mí todo el día. Me cuidaba como si fuese su hija, me llevaba la comida a la cama, me peinaba y me aseaba. Esa noche, mientras me ponía compresas frías en la frente, algunas pequeñas gotas rodaron hasta mi pecho, y ella las secó con delicadeza. Percibí su respiración entrecortada y un olor como a menta y pachulí que brotaba de su boca. Ambas nos miramos con fijeza, sus ojos brillaron y yo me acerqué a su boca. Nos fundimos en un largo beso. Aunque a veces las fiebres me hacen delirar, aquel día yo sabía perfectamente lo que hacía. Lo repetimos varias veces, tarde en la noche, cuando todos dormían. Y así, estuvimos varios meses. Sí, yo acepté. Aquel día, ante el juez, fui tan cobarde, sentí tanta vergüenza de mí misma, que no supe qué hacer, qué decir. Sé que ese día la perdí para siempre.

¡Ah! ¡Pero fue ella quien tuvo la culpa de que nos descubrieran! Era muy imaginativa y amiga de las bromas. Así que un día construyó un aparato que imitaba el sexo del hombre, se lo puso y se lo mostró al alcalde de Tiguabos, para que él confirmase que ella era varón.

Ese día, cuando me contó semejante historia muerta de risa y con aliento a alcohol, quise morir. Le pedí mil veces que se deshiciera del instrumento. Ella me juró que lo haría, pero no fue así. Una noche, Enrique me pidió que durmiéramos juntas. Hacía un poco de frío y yo acepté. Apenas pude dormir. Sentía su cuerpo caliente cerca del mío, y ese aliento a menta con pachulí que tanto me gustaba. No sabía qué hacer, hasta que me volteeé, y la besé.

Sí, acepto que me gustaba jugar con Enrique, y que ambas éramos felices en nuestros juegos. Ya dije que confesaré toda la verdad. Hoy quiero sentir la paz que desde hace veinte años no siento. Quiero morir sin lamentar no haber dicho la verdad. Sé que es tarde. Ella se marchó y yo estoy vieja y sola. No importa. La verdad es que era extraño, pero debo decir que logré con ella el placer que nunca tuve con mi esposo Chicoy. Creo que él siempre lo ha sabido y por eso me encerró en lo alto de la ciudad, alejada de todos. Me dijo que no me dejaba salir porque mi fiebre era contagiosa. Alejó de mí a mis pocas amigas. Y las vecinas más cercanas ni me miraban. Todos creían que estaba enferma, que el espíritu de la Faber volvería a mí.

Cada vez que pienso en ese juicio: yo de pie ahí, frente a ella, que me miraba con sus ojitos azules, su pequeña boca roja, y me pedía que dijera la verdad. Y yo no dije nada, hice como si no supiera nada, alegué que nunca me lo dijo, que me engañó. Incluso mentí más: dije que una vez me tocó. En cuanto dije eso, mi boca se secó y mis palabras se quedaron vacías, mis ojos se humedecieron. Hubo un bullicio enorme en la sala. El juez tuvo que pararlo a gritos. Después de esa mentira me sentí miserable.

Debo gritar que soy una miserable. Sin que Chicoy me vea, me escaparé a la ceremonia que la ciudad le ofrece a San Juan, hoy veinticuatro de junio, cuando todos vayan desde la ciudad, caminando en fila, hasta los ríos más cercanos: el Toa, o el Duaba, en cuyas desembocaduras se celebran los rituales del santo. Dicen que eso ayuda a purificar el alma, que limpia todas las culpas. Hoy lo necesito. Necesito celebrar miles de veces ese ritual. Desde hace veinte años mi vida es un hervidero de culpas. No hay un día en que no piense en Enrique, en qué le habrán hecho... No sé si logré escapar de la prisión, tampoco si habrá regresado a su país. Algunos dicen que anda deambulando por las calles de Santiago, otros dicen que por los rincones de La Habana.

La verdad es que, en días como estos, todas las interrogantes del mundo se me vienen encima al pensar en ella, en la delicada Faber, en su belleza, en lo amable que fue conmigo, en lo malagradecida que fui con ella. El pecho me oprime, el aire me falta solo de pensar en aquella tarde soleada en la que me llevó a su casa, sola y desprotegida. Dios mío, a veces uno no sabe cuánto daño puede resultar de una acción, no somos conscientes de que una simple palabra puede derribar una montaña.

Debo perder el miedo a la gente y unirme a los romeros. Iré hasta el río Duaba caminando, para que así las culpas se acomoden. Eso le escuché decir a la espiritista Lucrecia. La ciudad de Asunción está casi muerta. Los pregoneros apenas se escuchan, el rumor del mar ni llega a la villa; cada día, las calles de Baracoa se van llenando de polvo, y con ella su gente y sus casitas de tejas rojas. Todo está perdiendo el color. Yo apenas veo el color de las casas de los hacendados ricos. ¿A dónde han ido todos? Dicen que a Santiago: ya Baracoa no es el lugar al que venían a comerciar. Me da miedo, todo está muy sucio, un olor a pescado seco invade la ciudad, la gente está triste porque dicen que demolerán la Iglesia. Mi pobre ciudad de Baracoa, hundiéndose en el mar, en la miseria. Ya lo dijo aquel —y lo tomaron por loco— Pelú: «Será pobre siempre que exista». Dios mío, ojalá que no sea así. No querría verme obligada a marcharme de mi tierra, de mi pequeña patria. Me gustaría morir en ella, en la que me vio nacer. Aunque pobre, igual que yo, quiero morir en Asunción de Baracoa.

Ya sé lo que piensan. Está loca. Muy loca. Quizás me tiren piedras camino del río. No importa. Me falta el aliento y mis ojos casi no pueden distinguir a quienes se burlan de mí. El pulso apenas me permite llevar el plato de teti con arroz blanco. A pesar de que mis pasos parecen no avanzar, mi cuerpo ya está en la orilla del río Duaba. Sumerjo mi cabeza en el agua y grito a toda voz: «¡San Juan, perdóname! Querida Enriqueta, ¡vuelve!» ●